

LA EPÍSTOLA A LOS HEBREOS

Sios, habiendo hablado muchas veces y de muchas ma- 1
neras en otro tiempo a los padres por los profetas,
en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a 2
quien constituyó heredero de todo, y por quien asi-
mismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su 3
gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta
todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectua-
do la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo,
se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tan- 4
to superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre
que ellos. Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi 5
Hijo eres tú, Yo te he engendrado hoy, y otra vez: Yo seré a él
Padre, Y él me será a mí hijo? Y otra vez, cuando introduce 6
al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ánge-
les de Dios. Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a 7
sus ángeles espíritus, Y a sus ministros llama de fuego. Mas 8
del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; Cetro
de equidad es el cetro de tu reino. Has amado la justicia, y 9
aborrecido la maldad, Por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo,
Con óleo de alegría más que a tus compañeros. Y: Tú, oh 10
Señor, en el principio fundaste la tierra, Y los cielos son obra
de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permaneces; Y todos 11
ellos se envejecerán como una vestidura, Y como un vestido 12
los envolverás, y serán mudados; Pero tú eres el mismo, Y tus
años no acabarán. Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios ja- 13
más: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos
por estrado de tus pies? ¿No son todos espíritus ministrado- 14
res, enviados para servicio a favor de los que serán herederos
de la salvación?

Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a 2
las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque 2
si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda

3 transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por
4 el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad. Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca
5 del cual estamos hablando; pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
6 O el hijo del hombre, para que le visites? Le hiciste un poco menor que los ángeles, Le coronaste de gloria y de honra, Y le
7 pusiste sobre las obras de tus manos; Todo lo sujetaste bajo sus pies. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las
8 cosas le sean sujetas. Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la
9 gracia de Dios gustase la muerte por todos. Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de
10 ellos. Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu nombre, En
11 medio de la congregación te alabaré. Y otra vez: Yo confiaré en él. Y de nuevo: He aquí, yo y los hijos que Dios me dio.
12 Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo,
13 y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia
14 de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo.
15 Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.

3 Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento

celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús; el cual es fiel al que le constituyó, como también lo fue Moisés en toda la casa de Dios. Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste, cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo. Porque toda casa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios. Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza. Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones, Como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto, Donde me tentaron vuestros padres; me probaron, Y vieron mis obras cuarenta años. A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, Y dije: Siempre andan vagando en su corazón, Y no han conocido mis caminos. Por tanto, juré en mi ira: No entrarán en mi reposo. Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio, entre tanto que se dice: Si oyereis hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación. ¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés? ¿Y con quiénes estuvo él disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad.

Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron. Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera

que dijo: Por tanto, juré en mi ira, No entrarán en mi reposo; aunque las obras tuyas estaban acabadas desde la fundación del mundo. Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día. Y otra vez aquí: No entrarán en mi reposo. Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de desobediencia, otra vez determina un día: Hoy, diciendo después de tanto tiempo, por medio de David, como se dijo: Si oyereis hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones. Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las tuyas. Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia. Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta. Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

5 Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados; para que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad; y por causa de ella debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo. Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón. Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, si-

no el que le dijo: Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, Según el orden de Melquisedec. Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec. Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír. Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.

Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno. Y esto haremos, si Dios en verdad lo permite. Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio. Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada. Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación, aunque hablamos

10 así. Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el
trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, ha-
11 biendo servido a los santos y sirviéndoles aún. Pero deseamos
que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el
12 fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os
hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y
13 la paciencia heredan las promesas. Porque cuando Dios hi-
zo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor,
14 juró por sí mismo, diciendo: De cierto te bendeciré con abun-
15 dancia y te multiplicaré grandemente. Y habiendo esperado
16 con paciencia, alcanzó la promesa. Porque los hombres cier-
tamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de
17 toda controversia es el juramento para confirmación. Por lo
cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los here-
deros de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso
18 juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales
es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo
los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta de-
19 lante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla
20 del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús
entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para
siempre según el orden de Melquisedec.

7 Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios
Altísimo, que salió a recibir a Abraham que volvía de la derro-
2 ta de los reyes, y le bendijo, a quien asimismo dio Abraham
los diezmos de todo; cuyo nombre significa primeramente Rey
3 de justicia, y también Rey de Salem, esto es, Rey de paz; sin
padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días,
ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, perma-
4 nece sacerdote para siempre. Considerad, pues, cuán grande
era éste, a quien aun Abraham el patriarca dio diezmos del
5 botín. Ciertamente los que de entre los hijos de Leví reci-
ben el sacerdocio, tienen mandamiento de tomar del pueblo
los diezmos según la ley, es decir, de sus hermanos, aunque
6 éstos también hayan salido de los lomos de Abraham. Pero
aquel cuya genealogía no es contada de entre ellos, tomó de
7 Abraham los diezmos, y bendijo al que tenía las promesas. Y
8 sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor. Y

aquí ciertamente reciben los diezmos hombres mortales; pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive. Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos; porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro. Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico (porque bajo él recibió el pueblo la ley), ¿qué necesidad habría aún de que se levantase otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el orden de Aarón? Porque cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley; y aquel de quien se dice esto, es de otra tribu, de la cual nadie sirvió al altar. Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio. Y esto es aun más manifiesto, si a semejanza de Melquisedec se levanta un sacerdote distinto, no constituido conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible. Pues se da testimonio de él: Tú eres sacerdote para siempre, Según el orden de Melquisedec. Queda, pues, abrogado el mandamiento anterior a causa de su debilidad e ineficacia (pues nada perfeccionó la ley), y de la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios. Y esto no fue hecho sin juramento; porque los otros ciertamente sin juramento fueron hechos sacerdotes; pero éste, con el juramento del que le dijo: Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, Según el orden de Melquisedec. Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres; pero la pala-

bra del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre.

8 Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra
2 del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no
3 el hombre. Porque todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios; por lo cual es necesario que
4 también éste tenga algo que ofrecer. Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo aún sacerdotes
5 que presentan las ofrendas según la ley; los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole:
6 Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte. Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido
7 sobre mejores promesas. Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el
8 segundo. Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, En que estableceré con la casa de Israel y la casa
9 de Judá un nuevo pacto; No como el pacto que hice con sus padres El día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; Porque ellos no permanecieron en mi pacto, Y yo
10 me desentendí de ellos, dice el Señor. Por lo cual, éste es el pacto que haré con la casa de Israel Después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, Y sobre su corazón las escribiré; Y seré a ellos por Dios, Y ellos me serán a
11 mí por pueblo; Y ninguno enseñará a su prójimo, Ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; Porque todos me
12 conocerán, Desde el menor hasta el mayor de ellos. Porque seré propicio a sus injusticias, Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades. Al decir: Nuevo pacto, ha
13 dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer.

9 Ahora bien, aun el primer pacto tenía ordenanzas de culto y
2 un santuario terrenal. Porque el tabernáculo estaba dispuesto así: en la primera parte, llamada el Lugar Santo, estaban
3 el candelabro, la mesa y los panes de la proposición. Tras el

segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía un incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio; de las cuales cosas no se puede ahora hablar en detalle. Y así dispuestas estas cosas, en la primera parte del tabernáculo entran los sacerdotes continuamente para cumplir los oficios del culto; pero en la segunda parte, sólo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo; dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie. Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto, ya que consiste sólo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas. Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna. Porque donde hay testamento, es necesario que intervenga muerte del testador. Porque el testamento con la muerte se confirma; pues no es válido entre tanto que el testador vive. De donde ni aun el primer pacto fue instituido sin sangre. Porque habiendo anunciado Moisés todos los

mandamientos de la ley a todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana escarlata e hisopo, y roció el mismo libro y también a todo el pueblo, 20 diciendo: Ésta es la sangre del pacto que Dios os ha mandado. 21 Y además de esto, roció también con la sangre el tabernáculo 22 y todos los vasos del ministerio. Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se 23 hace remisión. Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mis- 24 mas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el 25 cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote 26 en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí 27 mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y 28 después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.

10 Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer 2 perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, 3 no tendrían ya más conciencia de pecado. Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados; porque la 4 sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y 5 ofrenda no quisiste; Mas me preparaste cuerpo. Holocaustos 6 y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, Como en 7 el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la 8

ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer
tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En
esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuer-
po de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y ciertamente
todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo mu-
chas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los
pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre
un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra
de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemi-
gos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola
ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. Y nos
atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber
dicho: Éste es el pacto que haré con ellos Después de aque-
llos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, Y
en sus mentes las escribiré, añade: Y nunca más me acorda-
ré de sus pecados y transgresiones. Pues donde hay remisión
de éstos, no hay más ofrenda por el pecado. Así que, herma-
nos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por
la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él
nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo
un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con
corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los
corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua
pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra
esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos
unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras;
no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costum-
bre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel
día se acerca. Porque si pecáremos voluntariamente después
de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda
más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación
de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los ad-
versarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de
dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto ma-
yor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de
Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue
santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues co-
nocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice

31 el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda
32 cosa es caer en manos del Dios vivo! Pero traed a la memoria
los días pasados, en los cuales, después de haber sido ilumi-
33 nados, sostuvisteis gran combate de padecimientos; por una
parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis he-
chos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los
34 que estaban en una situación semejante. Porque de los pre-
sos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes
sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor
35 y perdurable herencia en los cielos. No perdáis, pues, vuestra
36 confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria
la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios,
37 obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, Y el que ha de
38 venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; Y si
39 retrocediere, no agradará a mi alma. Pero nosotros no somos
de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe
para preservación del alma.

11 Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción
2 de lo que no se ve. Porque por ella alcanzaron buen testimo-
3 nio los antiguos. Por la fe entendemos haber sido constituido
el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve
4 fue hecho de lo que no se veía. Por la fe Abel ofreció a Dios
más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimo-
nio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas;
5 y muerto, aún habla por ella. Por la fe Enoc fue traspuesto
para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios;
y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agrada-
6 do a Dios. Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque
es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que
7 es galardonador de los que le buscan. Por la fe Noé, cuando
fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían,
con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa
fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que
8 viene por la fe. Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció
para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió
9 sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en
la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas
10 con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque

esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Por la fe también la misma Sara, siendo 11 estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido. Por lo cual también, de uno, y ése ya casi muer- 12 to, salieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar. Conforme a la 13 fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los 14 que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde 15 salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban 16 una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad. Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el 17 que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando 18 que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir. Por 20 la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto a cosas venideras. Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de 21 José, y adoró apoyado sobre el extremo de su bordón. Por 22 la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos. Por la fe Moisés, 23 cuando nació, fue escondido por sus padres por tres meses, porque le vieron niño hermoso, y no temieron el decreto del rey. Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo 24 de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el 25 pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo 26 que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira 27 del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible. Por la 28 fe celebró la pascua y la aspersion de la sangre, para que el que destruía a los primogénitos no los tocase a ellos. Por la 29 fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca; e intentando los egipcios hacer lo mismo, fueron ahogados. Por la fe cayeron 30

31 los muros de Jericó después de rodearlos siete días. Por la fe
Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedien-
32 tes, habiendo recibido a los espías en paz. ¿Y qué más digo?
Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac,
de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los
33 profetas; que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, al-
34 canzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos
impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debi-
lidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejérci-
35 tos extranjeros. Las mujeres recibieron sus muertos mediante
resurrección; mas otros fueron atormentados, no aceptando el
36 rescate, a fin de obtener mejor resurrección. Otros experimen-
taron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles.
37 Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo
de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de
38 ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los
cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por
39 los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra. Y
todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la
40 fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa
mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados
aparte de nosotros.

12 Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro
tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del
pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera
2 que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor
y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de
él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la
3 diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal
contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vues-
4 tro ánimo no se canse hasta desmayar. Porque aún no habéis
5 resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado; y ha-
béis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige,
diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor,
6 Ni desmayes cuando eres reprendido por él; Porque el Señor
al que ama, disciplina, Y azota a todo el que recibe por hijo.
7 Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque
8 ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se

os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos 9 a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos 10 días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser 11 causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. Por lo cual, 12 levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas; y haced 13 sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. Seguid la paz con todos, y la 14 santidad, sin la cual nadie verá al Señor. Mirad bien, no sea 15 que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados; no sea que haya algún fornicario, o profano, 16 como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la 17 bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas. Porque no os 18 habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, al so- 19 nido de la trompeta, y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más, porque no po- 20 dían soportar lo que se ordenaba: Si aun una bestia tocara el monte, será apedreada, o pasada con dardo; y tan terrible era 21 lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando; sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del 22 Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que 23 están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador 24 del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel. Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no 25 escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos. La voz del cual conmovió entonces la 26

tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y con-
27 moveré no solamente la tierra, sino también el cielo. Y esta
frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles,
28 como cosas hechas, para que queden las inconmovibles. Así
que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gra-
titud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor
29 y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor.

13, 2 Permanezca el amor fraternal. No os olvidéis de la hospita-
lidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles.
3 Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente
con ellos; y de los maltratados, como que también vosotros
4 mismos estáis en el cuerpo. Honroso sea en todos el matri-
monio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los
5 adúlteros los juzgará Dios. Sean vuestras costumbres sin ava-
ricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No
6 te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir
confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré Lo que
7 me pueda hacer el hombre. Acordaos de vuestros pastores,
que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya si-
8 do el resultado de su conducta, e imitad su fe. Jesucristo es
9 el mismo ayer, y hoy, y por los siglos. No os dejéis llevar de
doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar
el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprove-
10 charon a los que se han ocupado de ellas. Tenemos un altar,
del cual no tienen derecho de comer los que sirven al taber-
11 náculo. Porque los cuerpos de aquellos animales cuya sangre
a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo
12 sacerdote, son quemados fuera del campamento. Por lo cual
también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia
13 sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a él, fue-
14 ra del campamento, llevando su vituperio; porque no tenemos
aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir. Así
que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de
16 alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre. Y
de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de
17 tales sacrificios se agrada Dios. Obedeced a vuestros pasto-
res, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas,
como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con ale-

gría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso. Orad 18
por nosotros; pues confiamos en que tenemos buena concien-
cia, deseando conducirnos bien en todo. Y más os ruego que 19
lo hagáis así, para que yo os sea restituido más pronto. Y el 20
Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Je-
sucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto
eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su 21
voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante
de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los
siglos. Amén. Os ruego, hermanos, que soportéis la palabra 22
de exhortación, pues os he escrito brevemente. Sabed que está 23
en libertad nuestro hermano Timoteo, con el cual, si viniere
pronto, iré a veros. Salud a todos vuestros pastores, y a 24
todos los santos. Los de Italia os saludan. La gracia sea con 25
todos vosotros. Amén.

LA EPÍSTOLA UNIVERSAL DE SANTIAGO

1 **S**antiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las
2 doce tribus que están en la dispersión: Salud. Her-
3 manos míos, tened por sumo gozo cuando os ha-
4 lléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba
5 de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su
6 obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os
7 falte cosa alguna. Y si alguno de vosotros tiene falta de sa-
8 biduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y
9 sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando
10 nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que
11 es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No
12 piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Se-
13 ñor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus
14 caminos. El hermano que es de humilde condición, gloríese
15 en su exaltación; pero el que es rico, en su humillación; por-
16 que él pasará como la flor de la hierba. Porque cuando sale
17 el sol con calor abrasador, la hierba se seca, su flor se cae,
18 y perece su hermosa apariencia; así también se marchitará el
19 rico en todas sus empresas. Bienaventurado el varón que so-
porta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba,
recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le
aman. Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de
parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal,
ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de
su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la
concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado;
y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte. Amados
hermanos míos, no erréis. Toda buena dádiva y todo don per-
fecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no
hay mudanza, ni sombra de variación. Él, de su voluntad, nos
hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias
de sus criaturas. Por esto, mis amados hermanos, todo hom-

bre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios. Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas. Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace. Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana. La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo.

Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos? Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? Pero vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales? ¿No blasfeman ellos el buen nombre que fue invocado sobre vosotros? Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, bien hacéis; pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y quedáis convictos por la ley como transgresores. Porque cualquiera que guardar toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero

12 matas, ya te has hecho transgresor de la ley. Así hablad, y
así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la
13 libertad. Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que
no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el jui-
14 cio. Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que
15 tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un her-
mano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del
16 mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id
en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son
17 necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también
18 la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno
dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus
19 obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que Dios
es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan.
20 ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muer-
21 ta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre,
22 cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la
fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó
23 por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham
creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado ami-
24 go de Dios. Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado
25 por las obras, y no solamente por la fe. Asimismo también
Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió
26 a los mensajeros y los envió por otro camino? Porque como
el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras
está muerta.

3 Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros,
2 sabiendo que recibiremos mayor condenación. Porque todos
ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste
es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo.
3 He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos pa-
4 ra que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo. Mirad
también las naves; aunque tan grandes, y llevadas de impetuo-
sos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por
5 donde el que las gobierna quiere. Así también la lengua es
un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí,
6 ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! Y la len-
gua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta

entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno. Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce. ¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz.

¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. ¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente? Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad

las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros
9 corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se con-
10 vierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos delante
11 del Señor, y él os exaltará. Hermanos, no murmuréis los unos
de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su her-
mano, murmura de la ley y juzga a la ley; pero si tú juzgas
12 a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez. Uno solo es el
dador de la ley, que puede salvar y perder; pero tú, ¿quién eres
13 para que juzgues a otro? ¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y
mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y trafi-
14 caremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana.
Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se
15 aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lu-
gar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos
16 y haremos esto o aquello. Pero ahora os jactáis en vuestras
17 soberbias. Toda jactancia semejante es mala; y al que sabe
hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado.

5 ¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que
2 os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ro-
3 pas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están en-
mohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará
del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado teso-
4 ros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los
obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por enga-
ño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los
que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los
5 ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido di-
solutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de
6 matanza. Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os
7 hace resistencia. Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta
la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso
fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reci-
8 ba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros
paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del
9 Señor se acerca. Hermanos, no os quejéis unos contra otros,
para que no seáis condenados; he aquí, el juez está delante de
10 la puerta. Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción
y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Se-

ñor. He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren. 11
Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del
Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo. Pero 12
sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la
tierra, ni por ningún otro juramento; sino que vuestro sí sea
sí, y vuestro no sea no, para que no caigáis en condenación.
¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración. ¿Está al- 13
guno alegre? Cante alabanzas. ¿Está alguno enfermo entre 14
vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, un-
giéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe 15
salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometi-
do pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas 16
unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La
oración eficaz del justo puede mucho. Elías era hombre suje- 17
to a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente
para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años
y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra 18
produjo su fruto. Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha 19
extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el 20
que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de
muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados.

PRIMERA EPÍSTOLA UNIVERSAL DE SAN PEDRO APÓSTOL

1 **P**edro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la
dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y
2 Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre
en santificación del Espíritu, para obedecer y ser ro-
ciados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multi-
3 plicadas. Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que según su grande misericordia nos hizo renacer para una es-
peranza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos,
4 para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesi-
5 ble, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados
por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación
que está preparada para ser manifestada en el tiempo postre-
6 ro. En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco
de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diver-
7 sas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho
más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba
con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea
8 manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en
quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo
9 inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la
10 salvación de vuestras almas. Los profetas que profetizaron de
la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente in-
11 dagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y
qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos,
el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y
12 las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que
no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas
que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el
evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las
13 cuales anhelan mirar los ángeles. Por tanto, ceñid los lomos de
vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en
la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado;

como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes 14
teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que 15
os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra
manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo 16
soy santo. Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción 17
de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en
temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que 18
fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual
recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como
oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un 19
cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde 20
antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los pos-
treros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis 21
en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria,
para que vuestra fe y esperanza sean en Dios. Habiendo puri- 22
ficado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante
el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a
otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no 23
de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra
de Dios que vive y permanece para siempre. Porque: Toda 24
carne es como hierba, Y toda la gloria del hombre como flor
de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; Mas la palabra 25
del Señor permanece para siempre. Y ésta es la palabra que
por el evangelio os ha sido anunciada.

Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, **2**
envidias, y todas las detracciones, desead, como niños recién 2
nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella
crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benigni- 3
dad del Señor. Acercándoos a él, piedra viva, desecheda 4
ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y precio-
sa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como 5
casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espi-
rituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual 6
también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la prin-
cipal piedra del ángulo, escogida, preciosa; Y el que creyere en
él, no será avergonzado. Para vosotros, pues, los que creéis, 7
él es precioso; pero para los que no creen, La piedra que los
edificadores desecharon, Ha venido a ser la cabeza del ángulo;

8 y: Piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan
en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también
9 destinados. Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio,
nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis
las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz
10 admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero
que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais
alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado miseri-
11 cordia. Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos,
que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el
12 alma, manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los
gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de
malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al
13 considerar vuestras buenas obras. Por causa del Señor some-
teos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior,
14 ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los
malhechores y alabanza de los que hacen bien. Porque ésta es
la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la igno-
15 rancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como
los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo,
16 sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los her-
manos. Temed a Dios. Honrad al rey. Criados, estad sujetos
con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y
17 afables, sino también a los difíciles de soportar. Porque esto
merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante
20 de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. Pues ¿qué
gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si
haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es
21 aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados;
porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejem-
22 plo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se
halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no res-
23 pondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino
encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él
24 mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para
que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la jus-
25 ticia; y por cuya herida fuisteis sanados. Porque vosotros erais
como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor

y Obispo de vuestras almas.

Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros ma- **3**
ridos; para que también los que no creen a la palabra, sean
ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, conside- 2
rando vuestra conducta casta y respetuosa. Vuestro atavío no 3
sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de
vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorrup- 4
tible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande
estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en 5
otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios,
estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a Abra- 6
ham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser
hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza. Vosotros, 7
maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor
a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la
gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estor-
bo. Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, 8
amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no de- 9
volviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por
el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para
que heredaseis bendición. Porque: El que quiere amar la vida 10
Y ver días buenos, Refrene su lengua de mal, Y sus labios no
hablen engaño; Apártese del mal, y haga el bien; Busque la 11
paz, y sígala. Porque los ojos del Señor están sobre los justos, 12
Y sus oídos atentos a sus oraciones; Pero el rostro del Señor
está contra aquellos que hacen el mal. ¿Y quién es aquel que 13
os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien? Mas también 14
si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventu-
rados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos,
ni os conturbéis, sino santificad a Dios el Señor en vuestros 15
corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa
con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande
razón de la esperanza que hay en vosotros; teniendo buena 16
conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como
de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra
buena conducta en Cristo. Porque mejor es que padezcáis ha- 17
ciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo
el mal. Porque también Cristo padeció una sola vez por los 18

pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo
19 a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en
20 el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los
que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba
la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se prepara-
ba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron
21 salvadas por agua. El bautismo que corresponde a esto ahora
nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como
la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la re-
22 surrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está
a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades
y potestades.

4 Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vo-
sotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha
2 padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el
tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias
3 de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios. Bas-
te ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los
gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces,
4 orgías, disipación y abominables idolatrías. A éstos les parece
cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo de-
5 senfreno de disolución, y os ultrajan; pero ellos darán cuenta
al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos.
6 Porque por esto también ha sido predicado el evangelio a los
muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres,
7 pero vivan en espíritu según Dios. Mas el fin de todas las
8 cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración. Y an-
te todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor
9 cubrirá multitud de pecados. Hospedaos los unos a los otros
10 sin murmuraciones. Cada uno según el don que ha recibido,
minístrelo a los otros, como buenos administradores de la mul-
11 tiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las
palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al po-
der que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por
Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los si-
12 glos de los siglos. Amén. Amados, no os sorprendáis del fuego
de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña
13 os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de

los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello. Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? Y: Si el justo con dificultad se salva, ¿En dónde aparecerá el impío y el pecador? De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien.

Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria. Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, Y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén. Por conducto de Silvano, a quien tengo por hermano fiel, os he escrito breve-

mente, amonestándoos, y testificando que ésta es la verdadera
13 gracia de Dios, en la cual estáis. La iglesia que está en Ba-
bilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos mi hijo, os
14 saludan. Saludaos unos a otros con ósculo de amor. Paz sea
con todos vosotros los que estáis en Jesucristo. Amén.

SEGUNDA EPÍSTOLA UNIVERSAL DE SAN PEDRO APÓSTOL

Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que 1
habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y 2
Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que 3
la nuestra: Gracia y paz os sean multiplicadas, en 4
el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús. Como to- 5
das las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han 6
sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de 7
aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de 8
las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, pa- 9
ra que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza 10
divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mun- 11
do a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo 12
toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a 13
la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al 14
dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la pie- 15
dad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si 16
estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar
ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Se-
ñor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista
muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus
antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, tanto más procurad
hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas
cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otor-
gada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. Por esto, yo no dejaré de recor-
daros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis
confirmados en la verdad presente. Pues tengo por justo, en
tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonesta-
ción; sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como
nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. También yo procu-
raré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis
en todo momento tener memoria de estas cosas. Porque no os

hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo
17 visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Éste es mi Hijo amado,
18 en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo.
19 Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbraba en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de
20 la mañana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación
21 privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.

2 Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina.
2 Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales
3 el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición
4 no se duerme. Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones
5 de oscuridad, para ser reservados al juicio; y si no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo
6 de los impíos; y si condenó por destrucción a las ciudades de Sodoma y de Gomorra, reduciéndolas a ceniza y poniéndolas
7 de ejemplo a los que habían de vivir impíamente, y libró al justo Lot, abrumado por la nefanda conducta de los malvados
8 (porque este justo, que moraba entre ellos, affigía cada día su
9 alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos), sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los in-
10 justos para ser castigados en el día del juicio; y mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío. Atrevidos y contumaces,

no temen decir mal de las potestades superiores, mientras 11
que los ángeles, que son mayores en fuerza y en potencia, no
pronuncian juicio de maldición contra ellas delante del Señor.
Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como ani- 12
males irracionales, nacidos para presa y destrucción, perecerán
en su propia perdición, recibiendo el galardón de su injusticia, 13
ya que tienen por delicia el gozar de deleites cada día. Éstos
son inmundicias y manchas, quienes aun mientras comen con
vosotros, se recrean en sus errores. Tienen los ojos llenos de 14
adulterio, no se sacian de pecar, seducen a las almas incons-
tantes, tienen el corazón habituado a la codicia, y son hijos
de maldición. Han dejado el camino recto, y se han extravia- 15
do siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó
el premio de la maldad, y fue reprendido por su iniquidad; 16
pues una muda bestia de carga, hablando con voz de hombre,
refrenó la locura del profeta. Éstos son fuentes sin agua, y nu- 17
bes empujadas por la tormenta; para los cuales la más densa
oscuridad está reservada para siempre. Pues hablando pala- 18
bras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne
y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los
que viven en error. Les prometen libertad, y son ellos mismos 19
esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es
hecho esclavo del que lo venció. Ciertamente, si habiéndose 20
ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el co-
nocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra
vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor
que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber cono- 21
cido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido,
volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero 22
les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve
a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno.

Amados, ésta es la segunda carta que os escribo, y en ambas **3**
despierto con exhortación vuestro limpio entendimiento, para 2
que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas
por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salva-
dor dado por vuestros apóstoles; sabiendo primero esto, que 3
en los postreros días vendrán burladores, andando según sus

4 propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la prome-
sa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres
durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el prin-
5 cipio de la creación. Éstos ignoran voluntariamente, que en el
tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cie-
los, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua
6 subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado
7 en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están
reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en
8 el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Mas,
oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es
9 como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda
su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es
paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca,
10 sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del
Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos
pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán
deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quema-
11 das. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo
no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir,
12 esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en
el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elemen-
13 tos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos,
según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales
14 mora la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en espera
de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin
15 mancha e irreprehensibles, en paz. Y tened entendido que la
paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también
nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha
16 sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando
en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de
entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como
17 también las otras Escrituras, para su propia perdición. Así
que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos,
no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de
18 vuestra firmeza. Antes bien, creced en la gracia y el conoci-
miento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria
ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.

PRIMERA EPÍSTOLA UNIVERSAL DE SAN JUAN APÓSTOL

So que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que **1**
hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contem-
plado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo **2**
de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos **3**
visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual **4**
estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y **5**
oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis co-
muni6n con nosotros; y nuestra comuni6n verdaderamente es **6**
con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribi- **4**
mos, para que vuestro gozo sea cumplido. Éste es el mensaje **5**
que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay **6**
ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comuni6n **6**
con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la **7**
verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos **7**
comuni6n unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos **8**
limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, **8**
nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en no- **9**
sotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para **9**
perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si **10**
decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su **10**
palabra no está en nosotros.

Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y **2**
si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Pa- **2**
dre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciaci6n por nuestros **2**
pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por **3**
los de todo el mundo. Y en esto sabemos que nosotros le co- **3**
nocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo **4**
le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiro- **4**
so, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, **5**
en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; **5**
por esto sabemos que estamos en él. El que dice que per- **6**
manece en él, debe andar como él anduvo. Hermanos, no os **7**

escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio; este mandamiento antiguo es
8 la palabra que habéis oído desde el principio. Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera
9 ya alumbrá. El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su herma-
10 no, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los
12 ojos. Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre. Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre. Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y
15 habéis vencido al maligno. No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. Hijitos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo. Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros. Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad. ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Éste es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo.
23 Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. Lo que habéis oído

desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y ésta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna. Os he escrito esto sobre los que os engañan. Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él. Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados. Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él.

Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios. Porque éste es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros. No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas. Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece. Nosotros sabemos que hemos pasado de

muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama
15 a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborre-
ce a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida
16 tiene vida eterna permanente en él. En esto hemos conocido
el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros
17 debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que
tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad,
y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en
18 él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de
19 hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la ver-
20 dad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; pues si
nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es
21 Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón
22 no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera co-
sa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus
mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante
23 de él. Y éste es su mandamiento: Que creamos en el nombre
de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo
24 ha mandado. Y el que guarda sus mandamientos, permanece
en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en
nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.

4 Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus
si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por
2 el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu
3 que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y
todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en car-
ne, no es de Dios; y éste es el espíritu del anticristo, el cual
vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mun-
4 do. Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque
mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo.
5 Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo
6 los oye. Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos
oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el
7 espíritu de verdad y el espíritu de error. Amados, amémonos
unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama,
8 es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha
9 conocido a Dios; porque Dios es amor. En esto se mostró el
amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo

unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto con- 10
siste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino
en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propicia-
ción por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, 11
debemos también nosotros amarnos unos a otros. Nadie ha 12
visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios perma-
nece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros.
En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, 13
en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y 14
testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del
mundo. Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, 15
Dios permanece en él, y él en Dios. Y nosotros hemos cono- 16
cido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios
es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y
Dios en él. En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, 17
para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como
él es, así somos nosotros en este mundo. En el amor no hay 18
temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque
el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido
perfeccionado en el amor. Nosotros le amamos a él, porque él 19
nos amó primero. Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece 20
a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano
a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha vis-
to? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama 21
a Dios, ame también a su hermano.

Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de 5
Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al
que ha sido engendrado por él. En esto conocemos que ama- 2
mos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos
sus mandamientos. Pues éste es el amor a Dios, que guarde- 3
mos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos.
Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y ésta 4
es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es 5
el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de
Dios? Éste es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; 6
no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y
el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la
verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el 7

8 Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y
tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua
9 y la sangre; y estos tres concuerdan. Si recibimos el testimo-
nio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque
éste es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su
10 Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí
mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no
ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo.
11 Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y
esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida;
12 el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os
he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios,
para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el
13 nombre del Hijo de Dios. Y ésta es la confianza que tenemos
en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él
14 nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que
pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos
15 hecho. Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no
sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que
cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte,
16 por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es peca-
do; pero hay pecado no de muerte. Sabemos que todo aquel
que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que
fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca.
17 Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el
maligno. Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos
ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y
estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el ver-
18 dadero Dios, y la vida eterna. Hijitos, guardaos de los ídolos.
Amén.

SEGUNDA EPÍSTOLA DE SAN JUAN APÓSTOL

Sl anciano a la señora elegida y a sus hijos, a quienes yo amo en la verdad; y no sólo yo, sino también todos los que han conocido la verdad, a causa de la verdad que permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros: Sea con vosotros gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre, en verdad y en amor. Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre. Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros. Y éste es el amor, que andemos según sus mandamientos. Éste es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio. Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo. Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo. Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras. Tengo muchas cosas que escribiros, pero no he querido hacerlo por medio de papel y tinta, pues espero ir a vosotros y hablar cara a cara, para que nuestro gozo sea cumplido. Los hijos de tu hermana, la elegida, te saludan. Amén.

TERCERA EPÍSTOLA DE SAN JUAN APÓSTOL

1 **S**l anciano a Gayo, el amado, a quien amo en la ver-
2 dad. Amado, yo deseo que tú seas prosperado en
3 todas las cosas, y que tengas salud, así como prospe-
ra tu alma. Pues mucho me regocijé cuando vinieron
4 los hermanos y dieron testimonio de tu verdad, de cómo an-
das en la verdad. No tengo yo mayor gozo que este, el oír que
5 mis hijos andan en la verdad. Amado, fielmente te conduces
6 cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a
los desconocidos, los cuales han dado ante la iglesia testimo-
nio de tu amor; y harás bien en encaminarlos como es digno
7 de su servicio a Dios, para que continúen su viaje. Porque
ellos salieron por amor del nombre de Él, sin aceptar nada de
8 los gentiles. Nosotros, pues, debemos acoger a tales personas,
9 para que cooperemos con la verdad. Yo he escrito a la iglesia;
pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos,
10 no nos recibe. Por esta causa, si yo fuere, recordaré las obras
que hace parloteando con palabras malignas contra nosotros;
y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a
los que quieren recibirlos se lo prohíbe, y los expulsa de la igle-
11 sia. Amado, no imites lo malo, sino lo bueno. El que hace lo
bueno es de Dios; pero el que hace lo malo, no ha visto a Dios.
12 Todos dan testimonio de Demetrio, y aun la verdad misma;
y también nosotros damos testimonio, y vosotros sabéis que
13 nuestro testimonio es verdadero. Yo tenía muchas cosas que
14 escribirte, pero no quiero escribírtelas con tinta y pluma, por-
15 que espero verte en breve, y hablaremos cara a cara. La paz
sea contigo. Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos, a
cada uno en particular.


LA EPÍSTOLA UNIVERSAL DE SAN JUDAS APÓSTOL

Sudas, siervo de Jesucristo, y hermano de Jacobo, a 1
los llamados, santificados en Dios Padre, y guarda- 2
dos en Jesucristo: Misericordia y paz y amor os sean 3
multiplicados. Amados, por la gran solicitud que te- 3
nía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido
necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemen-
te por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Porque 4
algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde
antes habían sido destinados para esta condenación, hombres
impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios,
y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucris-
to. Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, 5
que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto,
después destruyó a los que no creyeron. Y a los ángeles que 6
no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia
morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas,
para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las 7
ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aqué-
llos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra natura-
leza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego
eterno. No obstante, de la misma manera también estos so- 8
ñadores mancillan la carne, rechazan la autoridad y blasfeman
de las potestades superiores. Pero cuando el arcángel Miguel 9
contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de
Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él,
sino que dijo: El Señor te reprenda. Pero éstos blasfeman de 10
cuantas cosas no conocen; y en las que por naturaleza conocen,
se corrompen como animales irracionales. ¡Ay de ellos! por- 11
que han seguido el camino de Caín, y se lanzaron por lucro en
el error de Balaam, y perecieron en la contradicción de Coré.
Éstos son manchas en vuestros ágapes, que comiendo impú- 12
dicamente con vosotros se apacientan a sí mismos; nubes sin

13 agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoña-
les, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados; fieras ondas
del mar, que espuman su propia vergüenza; estrellas erran-
tes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de
14 las tinieblas. De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde
Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas
15 de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos
a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho im-
piamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos
16 han hablado contra él. Éstos son murmuradores, querellosos,
que andan según sus propios deseos, cuya boca habla cosas
17 infladas, adulando a las personas para sacar provecho. Pero
vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes
fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo;
18 los que os decían: En el postrer tiempo habrá burladores, que
19 andarán según sus malvados deseos. Éstos son los que causan
20 divisiones; los sensuales, que no tienen al Espíritu. Pero voso-
tros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando
21 en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, espe-
rando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida
22, 23 eterna. A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad,
arrebátándolos del fuego; y de otros tened misericordia con te-
24 mor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne. Y a
aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros
25 sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y
sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y
potencia, ahora y por todos los siglos. Amén.

EL APOCALIPSIS

DE SAN JUAN

 a revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para ma- 1
nifestar a sus siervos las cosas que deben suceder
pronto; y la declaró enviándola por medio de su án-
gel a su siervo Juan, que ha dado testimonio de la 2
palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas
las cosas que ha visto. Bienaventurado el que lee, y los que 3
oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella
escritas; porque el tiempo está cerca. Juan, a las siete iglesias 4
que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que
era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante
de su trono; y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de 5
los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos
amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo 6
reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e impe-
rio por los siglos de los siglos. Amén. He aquí que viene con 7
las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos
los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén. Yo 8
soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que
es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso. Yo Juan, 9
vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en
el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla lla-
mada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio
de Jesucristo. Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y 10
oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía: 11
Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en
un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en
Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y
Laodicea. Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; 12
y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete 13
candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de
una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con
un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como 14

15 blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; y sus
pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un hor-
16 no; y su voz como estruendo de muchas aguas. Tenía en su
diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de
dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su
17 fuerza. Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso
su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero
18 y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que
vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de
19 la muerte y del Hades. Escribe las cosas que has visto, y las
20 que son, y las que han de ser después de estas. El misterio
de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los sie-
te candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las
siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete
iglesias.

2 Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso: El que tiene las siete
estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete can-
2 deleros de oro, dice esto: Yo conozco tus obras, y tu arduo
trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y
has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los
3 has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia,
y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has
4 desmayado. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer
5 amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete,
y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y
quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido.
6 Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las
7 cuales yo también aborrezco. El que tiene oído, oiga lo que
el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer
del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.
8 Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el
9 postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto: Yo conozco
tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico),
y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino
10 sinagoga de Satanás. No temas en nada lo que vas a padecer.
He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel,
para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días.
11 Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. El

que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que
venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte. Y escribe al 12
ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda
de dos filos dice esto: Yo conozco tus obras, y dónde moras, 13
donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no
has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testi-
go fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás. Pero 14
tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que re-
tienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner
tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas
a los ídolos, y a cometer fornicación. Y también tienes a los 15
que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco.
Por tanto, arrepiéntete; pues si no, vendré a ti pronto, y pe- 16
learé contra ellos con la espada de mi boca. El que tiene oído, 17
oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré
a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca,
y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno
conoce sino aquel que lo recibe. Y escribe al ángel de la 18
iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama
de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido, dice esto: Yo 19
conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y
que tus obras postreras son más que las primeras. Pero tengo 20
unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel,
que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar
y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. Y le he dado tiempo 21
para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su for-
nicación. He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación 22
a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras
de ella. Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias 23
sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y
os daré a cada uno según vuestras obras. Pero a vosotros y a 24
los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doc-
trina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades
de Satanás, yo os digo: No os impondré otra carga; pero lo 25
que tenéis, retenedlo hasta que yo venga. Al que venciere y 26
guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las
naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas 27
como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi

28, 29 Padre; y le daré la estrella de la mañana. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

3 Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco
2 tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque
3 no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a
4 qué hora vendré sobre ti. Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán
5 conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de
6 mi Padre, y delante de sus ángeles. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Escribe al ángel de la
7 iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra
8 y ninguno abre: Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y
9 no has negado mi nombre. He aquí, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y
10 reconozcan que yo te he amado. Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar
11 a los que moran sobre la tierra. He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona. Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca
12 más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo. El
13 que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice
14 esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío
15
16

ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy 17
rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y
no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego
y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro 18
refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para
vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y
unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo 19
a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete. He aquí, 20
yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la
puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que 21
venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como
yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El 22
que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el 4
cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando
conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que suce-
derán después de estas. Y al instante yo estaba en el Espíritu; 2
y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno
sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante 3
a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono
un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. Y alrede- 4
dor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los
tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con
coronas de oro en sus cabezas. Y del trono salían relámpagos 5
y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de
fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios. Y delante del 6
trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y jun-
to al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos
de ojos delante y detrás. El primer ser viviente era semejante 7
a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero
tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un
águila volando. Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno 8
seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no
cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor
Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir.
Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y 9
acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive
por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se pos- 10

tran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante
11 del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.

5 Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos.
2 Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y ninguno, ni en el
3 cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado
4 a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo. Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro
5 y desatar sus siete sellos. Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados
6 por toda la tierra. Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de
7 oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y
8 pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra. Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes,
9 y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo,
10 y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el
11 poder, por los siglos de los siglos. Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre

sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.

Vi cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de **6**
los cuatro seres vivientes decir como con voz de trueno: Ven y
mira. Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba **2**
tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y
para vencer. Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser **3**
viviente, que decía: Ven y mira. Y salió otro caballo, bermejo; **4**
y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra
la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran
espada. Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, **5**
que decía: Ven y mira. Y miré, y he aquí un caballo negro; y
el que lo montaba tenía una balanza en la mano. Y oí una **6**
voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: Dos
libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un
denario; pero no dañes el aceite ni el vino. Cuando abrió el **7**
cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: Ven y
mira. Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba **8**
tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada
potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con
espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la
tierra. Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas **9**
de los que habían sido muertos por causa de la palabra de
Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, **10**
diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas
y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? Y **11**
se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen
todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número
de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser
muertos como ellos. Miré cuando abrió el sexto sello, y he **12**
aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela
de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas **13**
del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus
higos cuando es sacudida por un fuerte viento. Y el cielo se **14**
desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y
toda isla se removió de su lugar. Y los reyes de la tierra, y los **15**
grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo
y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de
los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre **16**

nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado
17 sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de
su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?

7 Después de esto vi a cuatro ángeles en pie sobre los cuatro
ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra,
para que no soplase viento alguno sobre la tierra, ni sobre el
2 mar, ni sobre ningún árbol. Vi también a otro ángel que subía
de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a
gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el
3 poder de hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: No hagáis
daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos
4 sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios. Y oí el
número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados
5 de todas las tribus de los hijos de Israel. De la tribu de Judá,
doce mil sellados. De la tribu de Rubén, doce mil sellados. De
6 la tribu de Gad, doce mil sellados. De la tribu de Aser, doce
mil sellados. De la tribu de Neftalí, doce mil sellados. De la
7 tribu de Manasés, doce mil sellados. De la tribu de Simeón,
doce mil sellados. De la tribu de Leví, doce mil sellados. De
8 la tribu de Isacar, doce mil sellados. De la tribu de Zabulón,
doce mil sellados. De la tribu de José, doce mil sellados. De la
9 tribu de Benjamín, doce mil sellados. Después de esto miré, y
he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas
naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del
trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas,
10 y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo:
La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en
11 el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban en pie
alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres
vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono,
12 y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria
y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder
y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos.
13 Amén. Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos
que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde
14 han venido? Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Éstos
son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus
15 ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por

esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol 16 no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero 17 que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.

Quando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo 8 como por media hora. Y vi a los siete ángeles que estaban en 2 pie ante Dios; y se les dieron siete trompetas. Otro ángel vino 3 entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono. Y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo 4 del incienso con las oraciones de los santos. Y el ángel tomó el 5 incensario, y lo llenó del fuego del altar, y lo arrojó a la tierra; y hubo truenos, y voces, y relámpagos, y un terremoto. Y los 6 siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas. El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo 7 y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde. El segundo ángel tocó la trompeta, y 8 como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre. Y murió 9 la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida. El tercer ángel 10 tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella es 11 Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas. El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue 12 herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche. Y miré, y oí a un ángel volar por 13 en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta

que están para sonar los tres ángeles!

9 El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó
2 del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo. Y
abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo
de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del
3 pozo. Y del humo salieron langostas sobre la tierra; y se les
4 dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra. Y
se les mandó que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa
verde alguna, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres
5 que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes. Y les fue dado,
no que los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y
su tormento era como tormento de escorpión cuando hiere al
6 hombre. Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte,
pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá
7 de ellos. El aspecto de las langostas era semejante a caballos
preparados para la guerra; en las cabezas tenían como coronas
8 de oro; sus caras eran como caras humanas; tenían cabello
9 como cabello de mujer; sus dientes eran como de leones; te-
nían corazas como corazas de hierro; el ruido de sus alas era
como el estruendo de muchos carros de caballos corriendo a
10 la batalla; tenían colas como de escorpiones, y también agui-
jones; y en sus colas tenían poder para dañar a los hombres
11 durante cinco meses. Y tienen por rey sobre ellos al ángel
del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego,
12 Apolión. El primer ay pasó; he aquí, vienen aún dos ayes des-
13 pués de esto. El sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz
de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante
14 de Dios, diciendo al sexto ángel que tenía la trompeta: De-
sata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río
15 Éufrates. Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban
preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar a la
16 tercera parte de los hombres. Y el número de los ejércitos de
los jinetes era doscientos millones. Yo oí su número. Así vi
en visión los caballos y a sus jinetes, los cuales tenían corazas
de fuego, de zafiro y de azufre. Y las cabezas de los caballos
eran como cabezas de leones; y de su boca salían fuego, humo
17 y azufre. Por estas tres plagas fue muerta la tercera parte de
18 los hombres; por el fuego, el humo y el azufre que salían de

su boca. Pues el poder de los caballos estaba en su boca y 19
en sus colas; porque sus colas, semejantes a serpientes, tenían
cabezas, y con ellas dañaban. Y los otros hombres que no 20
fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de
las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios,
y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de
madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; y no se 21
arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su
fornicación, ni de sus hurtos.

Vi descender del cielo a otro ángel fuerte, envuelto en una 10
nube, con el arco iris sobre su cabeza; y su rostro era como
el sol, y sus pies como columnas de fuego. Tenía en su ma- 2
no un librito abierto; y puso su pie derecho sobre el mar, y
el izquierdo sobre la tierra; y clamó a gran voz, como ruge 3
un león; y cuando hubo clamado, siete truenos emitieron sus
voces. Cuando los siete truenos hubieron emitido sus voces, 4
yo iba a escribir; pero oí una voz del cielo que me decía: Sella
las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas. Y 5
el ángel que vi en pie sobre el mar y sobre la tierra, levantó
su mano al cielo, y juró por el que vive por los siglos de los 6
siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra
y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en
él, que el tiempo no sería más, sino que en los días de la voz 7
del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el
misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos
los profetas. La voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, 8
y dijo: Ve y toma el librito que está abierto en la mano del
ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra. Y fui al 9
ángel, diciéndole que me diese el librito. Y él me dijo: Toma,
y cómelo; y te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce
como la miel. Entonces tomé el librito de la mano del ángel, 10
y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando
lo hube comido, amargó mi vientre. Y él me dijo: Es nece- 11
sario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones,
lenguas y reyes.

Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de 11
medir, y se me dijo: Levántate, y mide el templo de Dios, y el
altar, y a los que adoran en él. Pero el patio que está fuera 2

del templo déjalo aparte, y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles; y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y
3 dos meses. Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil
4 doscientos sesenta días, vestidos de cilicio. Estos testigos son
los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del
5 Dios de la tierra. Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la
boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere ha-
6 cerles daño, debe morir él de la misma manera. Éstos tienen
poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de
su profecía; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas
en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces
7 quieran. Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que
sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los
8 matará. Y sus cadáveres estarán en la plaza de la grande ciu-
dad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde
9 también nuestro Señor fue crucificado. Y los de los pueblos,
tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y
10 medio, y no permitirán que sean sepultados. Y los moradores
de la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se en-
viarán regalos unos a otros; porque estos dos profetas habían
11 atormentado a los moradores de la tierra. Pero después de
tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado por
Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre
12 los que los vieron. Y oyeron una gran voz del cielo, que les
decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus ene-
13 migos los vieron. En aquella hora hubo un gran terremoto,
y la décima parte de la ciudad se derrumbó, y por el terre-
moto murieron en número de siete mil hombres; y los demás
14 se aterrorizaron, y dieron gloria al Dios del cielo. El segundo
ay pasó; he aquí, el tercer ay viene pronto. El séptimo ángel
15 tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que de-
cían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor
y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos. Y los
veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en
sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios,
17 diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que
eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran
18 poder, y has reinado. Y se airaron las naciones, y tu ira ha

venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra. Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo. 19

Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento. También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días. Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte. Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo. Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón. Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran 12

águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y
15 la mitad de un tiempo. Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el
16 río. Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca.
17 Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.

13 Me paré sobre la arena del mar, y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos
2 diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su
3 poder y su trono, y grande autoridad. Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y
4 se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar
5 contra ella? También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y
6 dos meses. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran
7 en el cielo. Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. Y la adoraron todos los moradores de
8 la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo.
9, 10 Si alguno tiene oído, oiga. Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad; si alguno mata a espada, a espada debe ser
11 muerto. Aquí está la paciencia y la fe de los santos. Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón. Y
12 ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la
13 primera bestia, cuya herida mortal fue sanada. También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego

del cielo a la tierra delante de los hombres. Y engaña a los 14
moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido
hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de
la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de
espada, y vivió. Y se le permitió infundir aliento a la imagen 15
de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo
el que no la adorase. Y hacía que a todos, pequeños y gran- 16
des, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca
en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese 17
comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de
la bestia, o el número de su nombre. Aquí hay sabiduría. El 18
que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues
es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y
seis.

Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre 14
el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que
tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente.
Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y 2
como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de
arpistas que tocaban sus arpas. Y cantaban un cántico nuevo 3
delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de
los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos
ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre
los de la tierra. Éstos son los que no se contaminaron con 4
mujeres, pues son vírgenes. Éstos son los que siguen al Cordero
por dondequiera que va. Éstos fueron redimidos de entre los
hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus 5
bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del
trono de Dios. Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, 6
que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores
de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo 7
a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de
su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la
tierra, el mar y las fuentes de las aguas. Otro ángel le siguió, 8
diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque
ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su
fornicación. Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: 9

Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca
10 en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la
ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira;
y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos
11 ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los
siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los
que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la
12 marca de su nombre. Aquí está la paciencia de los santos, los
que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Oí
13 una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados
de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí,
dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras
14 con ellos siguen. Miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la
nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, que tenía en
15 la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda. Y
del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba
sentado sobre la nube: Mete tu hoz, y siega; porque la hora de
16 segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura. Y el
que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, y
17 la tierra fue segada. Salió otro ángel del templo que está en el
cielo, teniendo también una hoz aguda. Y salió del altar otro
18 ángel, que tenía poder sobre el fuego, y llamó a gran voz al que
tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda, y vendimia
19 los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras. Y
el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la viña de la
20 tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios. Y
fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre
hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios.

15 Vi en el cielo otra señal, grande y admirable: siete ángeles
que tenían las siete plagas postreras; porque en ellas se con-
2 sumaba la ira de Dios. Vi también como un mar de vidrio
mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria
sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su
nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios.
3 Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del
Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor
Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey
4 de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu

nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado. Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el 5 cielo el templo del tabernáculo del testimonio; y del templo 6 salieron los siete ángeles que tenían las siete plagas, vestidos de lino limpio y resplandeciente, y ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro. Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los 7 siete ángeles siete copas de oro, llenas de la ira de Dios, que vive por los siglos de los siglos. Y el templo se llenó de humo 8 por la gloria de Dios, y por su poder; y nadie podía entrar en el templo hasta que se hubiesen cumplido las siete plagas de los siete ángeles.

Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: **16** Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios. Fue el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y vino 2 una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen. El segundo 3 ángel derramó su copa sobre el mar, y éste se convirtió en sangre como de muerto; y murió todo ser vivo que había en el mar. El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos, y sobre las 4 fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre. Y oí al ángel 5 de las aguas, que decía: Justo eres tú, oh Señor, el que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas. Por cuanto 6 derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen. También 7 oí a otro, que desde el altar decía: Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos. El cuarto 8 ángel derramó su copa sobre el sol, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego. Y los hombres se quemaron con el 9 gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria. El 10 quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia; y su reino se cubrió de tinieblas, y mordían de dolor sus lenguas, y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por 11 sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras. El sexto ángel 12 derramó su copa sobre el gran río Éufrates; y el agua de éste se secó, para que estuviese preparado el camino a los reyes del

13 oriente. Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la
bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a
14 manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen
señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para
reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopode-
15 roso. He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que
vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean
16 su vergüenza. Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama
17 Armagedón. El séptimo ángel derramó su copa por el aire;
y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo:
18 Hecho está. Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y
un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo
hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra.
19 Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades
de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria
delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira.
20, 21 Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. Y cayó del
cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de
un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga
del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande.

17 Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete
copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré
la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre
2 muchas aguas; con la cual han fornicado los reyes de la tierra,
y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de
3 su fornicación. Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una
mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de
4 blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer
estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro de
pedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro
lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación;
5 y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA
LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS
6 ABOMINACIONES DE LA TIERRA. Vi a la mujer ebria de
la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y
7 cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro. Y el ángel
me dijo: ¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la
mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas

y los diez cuernos. La bestia que has visto, era, y no es; y 8
está para subir del abismo e ir a perdición; y los moradores
de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde
la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán
viendo la bestia que era y no es, y será. Esto, para la mente 9
que tenga sabiduría: Las siete cabezas son siete montes, sobre
los cuales se sienta la mujer, y son siete reyes. Cinco de ellos 10
han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando venga,
es necesario que dure breve tiempo. La bestia que era, y no 11
es, es también el octavo; y es de entre los siete, y va a la
perdición. Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, 12
que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán
autoridad como reyes juntamente con la bestia. Éstos tienen 13
un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la
bestia. Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, 14
porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están
con él son llamados y elegidos y fieles. Me dijo también: Las 15
aguas que has visto donde la ramera se sienta, son pueblos,
muchedumbres, naciones y lenguas. Y los diez cuernos que 16
viste en la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y la dejarán
desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán
con fuego; porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar 17
lo que él quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia,
hasta que se cumplan las palabras de Dios. Y la mujer que has 18
visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.

Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran **18**
poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria. Y clamó con 2
voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y
se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espí-
ritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible.
Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su 3
fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y
los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia
de sus deleites. Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de 4
ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados,
ni recibáis parte de sus plagas; porque sus pecados han lle- 5
gado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades.
Dadle a ella como ella os ha dado, y pagadle doble según sus 6

obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella
7 el doble. Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites,
tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón:
Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto;
8 por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y
hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el
9 Señor, que la juzga. Y los reyes de la tierra que han fornicado
con ella, y con ella han vivido en deleites, llorarán y harán
lamentación sobre ella, cuando vean el humo de su incendio,
10 parándose lejos por el temor de su tormento, diciendo: ¡Ay, ay,
de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en
11 una hora vino tu juicio! Y los mercaderes de la tierra lloran y
hacen lamentación sobre ella, porque ninguno compra más sus
12 mercaderías; mercadería de oro, de plata, de piedras precio-
sas, de perlas, de lino fino, de púrpura, de seda, de escarlata,
de toda madera olorosa, de todo objeto de marfil, de todo
objeto de madera preciosa, de cobre, de hierro y de mármol;
13 y canela, especias aromáticas, incienso, mirra, olíbano, vino,
aceite, flor de harina, trigo, bestias, ovejas, caballos y carros, y
14 esclavos, almas de hombres. Los frutos codiciados por tu alma
se apartaron de ti, y todas las cosas exquisitas y espléndidas
15 te han faltado, y nunca más las hallarás. Los mercaderes de
estas cosas, que se han enriquecido a costa de ella, se pararán
16 lejos por el temor de su tormento, llorando y lamentando, y
diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad, que estaba vestida de lino
fino, de púrpura y de escarlata, y estaba adornada de oro, de
17 piedras preciosas y de perlas! Porque en una hora han sido
consumidas tantas riquezas. Y todo piloto, y todos los que via-
jan en naves, y marineros, y todos los que trabajan en el mar,
18 se pararon lejos; y viendo el humo de su incendio, dieron vo-
ces, diciendo: ¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?
19 Y echaron polvo sobre sus cabezas, y dieron voces, llorando
y lamentando, diciendo: ¡Ay, ay de la gran ciudad, en la cual
todos los que tenían naves en el mar se habían enriquecido de
20 sus riquezas; pues en una hora ha sido desolada! Alégrate so-
bre ella, cielo, y vosotros, santos, apóstoles y profetas; porque
21 Dios os ha hecho justicia en ella. Y un ángel poderoso tomó
una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el

mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada. Y voz de arpistas, 22 de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti; y ningún artífice de oficio alguno se hallará más en ti, ni ruido de molino se oirá más en ti. Luz de lámpara no alumbrará 23 más en ti, ni voz de esposo y de esposa se oirá más en ti; porque tus mercaderes eran los grandes de la tierra; pues por tus hechicerías fueron engañadas todas las naciones. Y en ella se 24 halló la sangre de los profetas y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra.

Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cie- 19 lo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y 2 justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. Otra vez dijeron: ¡Aleluya! Y el 3 humo de ella sube por los siglos de los siglos. Y los veinti- 4 cuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron en tierra y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono, y decían: ¡Amén! ¡Aleluya! Y salió del trono una voz que decía: 5 Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes. Y oí como la voz de una gran 6 multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nues- 7 tro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que 8 se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: 9 Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Éstas son palabras verdaderas de Dios. Yo me postré a sus pies para adorarle. Y él me dijo: 10 Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía. Entonces vi el 11 cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus 12 ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas

diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino
13 él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su
14 nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales,
vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caba-
15 llos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir
con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y
él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todo-
16 poderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este
17 nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES. Y vi
a un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz,
diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid,
18 y congregaos a la gran cena de Dios, para que comáis carnes
de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos
y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, peque-
19 ños y grandes. Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a
sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el
20 caballo, y contra su ejército. Y la bestia fue apresada, y con
ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales
con las cuales había engañado a los que recibieron la marca
de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron
lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre.
21 Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca
del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las
carnes de ellos.

20 Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abis-
2 mo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la
serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil
3 años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre
él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen
cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por
4 un poco de tiempo. Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los
que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los deca-
pitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de
Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y
que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vi-
5 vieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos
no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Ésta es

la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene 6
parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene
potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de
Cristo, y reinarán con él mil años. Cuando los mil años se 7
cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a enga- 8
ñar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra,
a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número
de los cuales es como la arena del mar. Y subieron sobre la 9
anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos
y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los
consumió. Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago 10
de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta;
y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.
Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de 11
delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se
encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, 12
de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue
abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los
muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según
sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la 13
muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos;
y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y 14
el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Ésta es la muerte
segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida 15
fue lanzado al lago de fuego.

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo **21**
y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y 2
yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del
cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su
marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el 3
tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y
ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su
Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no 4
habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque
las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el 5
trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo:
Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. Y me 6

dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del
7 agua de la vida. El que venciere heredará todas las cosas, y yo
8 seré su Dios, y él será mi hijo. Pero los cobardes e incrédulos,
los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los
idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago
9 que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda. Vino
entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete
copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo,
diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del
10 Cordero. Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto,
y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía
11 del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor
era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de
12 jaspe, diáfana como el cristal. Tenía un muro grande y alto
con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, y nombres
13 inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel; al
oriente tres puertas; al norte tres puertas; al sur tres puertas;
14 al occidente tres puertas. Y el muro de la ciudad tenía doce
cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles
15 del Cordero. El que hablaba conmigo tenía una caña de medir,
16 de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. La ciudad
se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su
anchura; y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la
17 longitud, la altura y la anchura de ella son iguales. Y midió su
muro, ciento cuarenta y cuatro codos, de medida de hombre,
18 la cual es de ángel. El material de su muro era de jaspe;
19 pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio; y
los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con
toda piedra preciosa. El primer cimiento era jaspe; el segundo,
20 zafiro; el tercero, ágata; el cuarto, esmeralda; el quinto, ónice;
el sexto, cornalina; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el
novenos, topacio; el décimo, crisopraso; el undécimo, jacinto;
21 el duodécimo, amatista. Las doce puertas eran doce perlas;
cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad
22 era de oro puro, transparente como vidrio. Y no vi en ella
templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de
23 ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de

luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hubieren sido 24
salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas 25
de día, pues allí no habrá noche. Y llevarán la gloria y la 26
honra de las naciones a ella. No entrará en ella ninguna cosa 27
inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.

Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplan- **22**
deciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, 2
estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y 3
del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán 4
su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí 5
más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos. Y me dijo: Estas palabras son fieles y 6
verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. ¡He aquí, vengo pronto! Bienaventu- 7
rado el que guarda las palabras de la profecía de este libro. Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las 8
hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas. Pero él me dijo: Mira, no lo 9
hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios. Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de 10
este libro, porque el tiempo está cerca. El que es injusto, sea 11
injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí yo vengo pronto, y mi galardón 12
conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. Yo 13
soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener 14
derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los 15